

JUEVES 6 DE AGOSTO

1. Primera charla: La agonía de Getsemaní (Mt 26, 36-46)

³⁶ Llegó Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: «Siéntense aquí, mientras yo voy más allá a orar.» ³⁷ Tomó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo y comenzó a sentir tristeza y angustia. ³⁸ Y les dijo: «Siento una tristeza de muerte. Quédense aquí conmigo y permanezcan despiertos.» ³⁹ Fue un poco más adelante y, postrándose hasta tocar la tierra con su cara, oró así: «Padre, si es posible, que esta copa se aleje de mí. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.» ⁴⁰ Volvió donde sus discípulos, los halló dormidos; y dijo a Pedro: «¿De modo que no pudieron permanecer despiertos ni una hora conmigo? ⁴¹ Es tén despiertos y recen para que no caigan en la tentación. El espíritu es animoso, pero la carne es débil.» ⁴² De nuevo se apartó por segunda vez a orar: «Padre, si esta copa no puede ser apartada de mí sin que yo la beba, que se haga tu voluntad.» ⁴³ Volvió otra vez donde los discípulos y los encontró dormidos, pues se les cerraban los ojos de sueño. ⁴⁴ Los dejó, pues, y fue de nuevo a orar por tercera vez repitiendo las mismas palabras. ⁴⁵ Entonces volvió donde los discípulos y les dijo: «¡Ahora pueden dormir y descansar! Ha llegado la hora y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. ⁴⁶ ¡Levántense, vamos! El traidor está a punto de llegar.»

En nuestra reflexión sobre el capítulo 5 de la Carta a los Hebreos, reflexionando sobre las oraciones y súplicas con fuertes gritos y lágrimas de Jesús, explicamos cómo en ese pasaje se encuentra una referencia al sufrimiento y la oración de Cristo en el Getsemaní. Aunque para nuestra reflexión sobre la institución de la Eucaristía recurrimos a la versión de Lucas, para esta contemplación de Getsemaní seguiremos más cerca la versión de San Mateo, que parece referirse a una tradición ligeramente diferente, aunque complementaria, de la de Lucas. Algunos exégetas enfatizan cómo la historia de la agonía de Jesús en el huerto de los Olivos adquiere un valor fundamental para la comprensión exacta de toda la narrativa de la Pasión. Maggioni afirma:

“Las historias que siguen (juicio, condena, insultos, crucifixión) son la superficie de la Pasión, los hechos, las noticias: aquí se revela la reacción íntima de Jesús, allí lo que los hombres le hicieron a Jesús, aquí cómo actuó el en su propio corazón. La escena del Getsemaní es, por lo tanto, también en este punto de vista, una clave indispensable para comprender en profundidad la continuación de la narración” (nuestra traducción de B. MAGGIONI, *Il racconto di Matteo*, Cittadella Editrice, Assisi 2009, 381).

Al aceptar el testimonio de la Carta a los Hebreos, a la que se agrega la consideración de que la contemplación del Sacerdocio Eterno de Cristo nos lleva al corazón de los eventos de la Redención y de la Pascua de Jesús, en esta meditación queremos reflexionar precisamente en esta narración de la oración de Jesús en el Getsemaní, para comprender las características de su identidad y misión sacerdotal.

La escena describe los discípulos que van a una granja, el Getsemaní (que en arameo significa “*molino de aceite*”), un lugar al pie del Monte de los Olivos, cerca del arroyo Cedron (v. 36) . Jesús desea vivir este momento oscuro y de prueba en oración, junto con sus discípulos. Por esta razón, el evangelista insiste en expresiones de compañía: “*con ellos*” (v. 36), “*consigo mismo*” (v. 37). De la narración entendemos cómo Jesús involucra a sus discípulos en varios niveles. Todos, excepto Judá que ya ha tomado otro camino, van con él a Getsemaní. Ocho de ellos permanecen sentados, mientras él va a rezar más allá y tres, elegidos por él personalmente (Pietro, Giacomo y Giovanni), lo siguen más de cerca. Este énfasis de Mateo nos lleva a una primera reflexión más existencial: todos en la Iglesia, como discípulos, están llamados a seguir los pasos de Jesús, permaneciendo sentados mientras él reza. Es la actitud de quienes escuchan, de quienes deben aprender algo de su Maestro. Todos los discípulos, por lo tanto, enfrentados al drama de la Pasión están invitados a ser aprendices, a ir a la escuela de su oración y su virtud, porque “*El discípulo no está por encima de su maestro, ni el sirviente por encima de su patrón*” (Mt 10,24). El estado de discípulo, en general, es la dimensión permanente del cristiano, incluso de aquellos que están constituidos en autoridad en la Iglesia. También un maestro en la fe nunca puede dejar de ser un discípulo. El detalle de esta elección de Jesús para acercar a Él algunos de sus discípulos nos invita a reflexionar más. Jesús no quiere mostrar a todos su tristeza y angustia. Solo hace esto a los más íntimos. La pasión de Jesús, como también se puede ver en todo el desarrollo de la narrativa, es el momento decisivo, donde vemos quién puede realmente perseverar con Él hasta el final. Es fácil seguir a Cristo en su gloria, como la multitud que lo saluda con alfombras y ramas, pero seguirlo de cerca en el momento de su debilidad y angustia es solo para unos pocos elegidos. Me gusta leer este elemento de dos maneras: una eclesial, otra místico-espiritual.

- En manera eclesial, en las figuras de los tres discípulos que Jesús se lleva con él, se pueden reconocer todos los que en la Iglesia son receptores de una vocación particular, como la vida sacerdotal o la vida consagrada. Estos, por iniciativa divina, están llamados de alguna manera a seguir a Cristo más de cerca, en un camino de ofrenda de su vida y configuración a Él. Obviamente este privilegio también tiene la carga de seguir a Cristo más de cerca en el momento del sufrimiento, cuando ofrece su vida por la humanidad. La dimensión de seguir al Cristo sufriente, por lo tanto, es

- fundamental en la vida de toda persona consagrada o religiosa. Piénselo: ¿somos conscientes de que somos receptores de un cariño particular por parte de Jesús? ¿Sabemos que seguir a Jesús, ofrecerle nuestras alegrías y sufrimientos, nuestras victorias y nuestras derrotas, es un gran privilegio, ya que nuestra vida puede configurarse existencialmente a la suya?
- En un sentido místico-espiritual es evidente que la historia de la espiritualidad y santidad cristiana presenta muchas figuras de santidad que han tenido una conexión particular con la Pasión de Jesús. Aunque todos somos sus discípulos, todos adoramos la Pasión del Salvador, algunas almas han tenido y tienen el privilegio de estar más fuertemente configuradas a Él, incluso en el cuerpo. Pensemos, por ejemplo, solo en algunas figuras como San Francisco, San Pio de Pietrelcina, Santa Catalina de Siena, Santa Teresia de Avila. Los santos que han tenido una conexión particular con la Pasión de Jesús, que como Pedro, Santiago y Juan, son introducidos por Jesús para seguirlo aún más de cerca y compartir con él sus sufrimientos por la redención de la humanidad.

Para introducir la agonía de Jesús en el Getsemaní, Mateo usa un verbo griego significativo: *erxato* (“comenzó”), usado en el Evangelio para los momentos decisivos en la vida de Jesús (ORTENSIO DA SPINETOLI, Matteo, Cittadella editrice, Assisi 1993, p. 707). De hecho, el momento de la agonía del Getsemaní es verdaderamente decisivo. Todo lo que sucederá después depende de la elección que Jesús hace profundamente en sí mismo, es decir, adherir totalmente con su voluntad a la del Padre. Jesús como hombre verdadero sufre una angustia insoportable. En Heb 5,7, refiriéndonos a la escena de Getsemaní, hablamos de “*fuertes gritos y lágrimas*”. De manera complementaria, Jesús habla aquí de tristeza y angustia, lett. “*Comenzó a estar triste y angustiado*” (v. 37). Son sentimientos típicamente humanos, una expresión de la debilidad y fragilidad de la humanidad cuando se enfrenta al momento de sufrimiento y muerte. Lo que Jesús experimentó en el Getsemaní es una condición que cada hombre puede encontrar viviendo en diferentes circunstancias de la vida. Nosotros también a veces lo experimentamos. En estos momentos cuando sentimos todo el peso de nuestra humanidad, experimentamos con mayor fuerza la necesidad de arrojarnos a Dios, de buscar el verdadero consuelo en Él.

Jesús continúa pidiendo a sus discípulos que recen y velen con él, porque su alma está en la tristeza “*hasta la muerte*” (*eos tanatou*). Esta expresión se puede entender de dos maneras: en el sentido final, como deseo, o consecutivamente, como la consecuencia extrema de la tristeza. Favorecemos la primera de las dos posibilidades, ya que el Señor, convenientemente con la imagen que le da Mateo,

vive todo el asunto de la Pasión con extrema solemnidad y decisión, con el afán de ofrecerse por la vida del mundo.

En el versículo 38 Jesús dirige dos invitaciones a sus discípulos: “*quédense*” (*meinate*), el mismo verbo que ya hemos encontrado anteriormente, refiriéndose también al cap. 15 de Juan, y “*permanezcan despiertos*” (*gregoreite*). Esta es una expresión muy importante en los Evangelios, presente repetidamente en los discursos escatológicos de Jesús (Mt 24.42; 25.13; Mc 13.35; Mc 14.38, como también en Hechos 20.31 y 1Cor 13.16). Esa representa una invitación constantemente dirigida por Jesús a sus discípulos, para subrayar la actitud de expectación activa y vigilante de su regreso. La oración en la vida del cristiano y aún más del sacerdote y de la persona consagrada debe ser la forma concreta de esperar al Señor. Cuando falta, terminamos exponiéndonos a la influencia del mal, bajando la guardia. Entonces, surge una fuerte provocación para nosotros: ¿cuál es nuestra actitud espiritual? ¿Vivimos en nosotros mismos esta “*santa inquietud*”? Junto a la dimensión del discipulado, también esta inquietud debe ser una actitud permanente de la vida cristiana, como aquellos que saben que nunca han llegado, pero todos los días tratan de no perder la oportunidad de mejorar en su relación con Dios y con sus hermanos y hermanas. Esta expresión de Julien Green me parece muy hermosa: “*Un cristiano, mientras esté inquieto, puede sentirse tranquilo*”. Nuestra “*tranquilidad*” no puede depender de una seguridad psicológica vacía de aquellos, como de aquellos que piensan que todo está en orden, sino la de aquellos que saben que siempre están en presencia de Dios para mejorar y estar listos para responder a su voluntad.

En este punto, Jesús entra en la oración (vers. 39), postrándose con la cara en el suelo, en la actitud típica de la persona que reza en la Biblia (Génesis 17, 3.17; Nm 14, 15; 16.4). Jesús se vuelve al Padre con extrema confianza, llamándolo “mi Padre” (*Pater mou*), en una actitud de profundo afecto y confianza filial. Aquí se ve el peso total de su humanidad. Lo que está atravesando es difícil, por lo que pide al Padre que se aleje de él. Utiliza la expresión “cáliz”, que ya se mencionó en la reflexión sobre la última cena. Estos son los sufrimientos espirituales y físicos que enfrentará en la Pasión. Jesús le pide al Padre que lo libere de ellos. No le reclama, pero le pide sabiendo que está en juego una “voluntad superior”. En la segunda parte de la oración, de hecho, dice: “*Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*” (v. 39). Aquí encontramos el modelo de cada oración verdadera. Brota del corazón humano divino de Jesús en la hora inmediatamente anterior a su ofrenda en el Calvario y se convierte casi en el testamento espiritual de Jesús a sus discípulos. Se presenta el verdadero contenido de la oración: la realización de la voluntad del Padre. Se nos llega a la mente inmediatamente la otra enseñanza importante que nos dio Jesús en el capítulo 6 del Evangelio de Mateo, en la oración del “Padre Nuestro”, donde pide “que se haga tu voluntad” (Mt 6,10). Sin embargo, muy a menudo, el

contenido de nuestra oración no se basa en esta invocación de la realización de la voluntad de Dios, sino en nuestras peticiones, aunque importantes y legítimas. La catequesis de Jesús sobre la oración en la experiencia de Getsemaní se convierte en un ejemplo encarnado, que nos confirma una vez más cuál es el significado de la verdadera oración. Debemos preguntarnos en serio: ¿qué le pido al Señor en mi oración? ¿Que su voluntad se doblegará a mis peticiones, o más bien que mi vida se doblegará a su voluntad? San Cipriano de Cartago, al comentar sobre la Oración de Jesús, explica:

*“En la oración decimos: “Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra”, no tanto porque Dios haga lo que quiere, sino porque nosotros podemos hacer lo que Dios quiere. De hecho, ¿quién puede evitar que Dios haga lo que quiere? En cambio, somos nosotros quienes no hacemos lo que Dios quiere, porque el diablo se levanta contra nosotros para evitar que dirijamos nuestro corazón y nuestras acciones de acuerdo con la voluntad divina. Por esto oramos y pedimos que se haga la voluntad de Dios en nosotros. Y para que se haga en nosotros necesitamos la voluntad de Dios, es decir, su poder y protección, ya que nadie es fuerte por su propia fuerza, pero se vuelve fuerte por su voluntad, benevolencia y misericordia de Dios. Finalmente, también el Señor, mostrando que también en él había la debilidad propia del hombre, dijo: “¡Mi Padre, si es posible, pase este cáliz!” (Mt 26, 39). Y ofreciendo el ejemplo a sus discípulos para que no hicieran su voluntad, sino la de Dios, agregó: “Pero no como yo quiero, sino como tú quieres”” (SAN CIPRIANO DI CARTAGINE, *De oratione dominica*, 13-15).*

Después de esta intensa oración, en el versículo 41, Jesús acercándose a sus discípulos los encuentra dormidos. Es el sueño de las vírgenes en la parábola de Mt 25,1-13, una señal de la falta de vigilancia a la que Jesús les había invitado previamente.

Benedicto XVI comenta sobre esta actitud de los discípulos:

“A través de los siglos, la somnolencia de los discípulos sigue siendo la ocasión favorable para el poder del mal. Esta somnolencia es un entumecimiento del alma, que no se deja sacudir por el poder del mal en el mundo, por toda la injusticia y todo el sufrimiento que devasta la tierra. Es una insensibilidad que prefiere no percibir todo esto; se tranquiliza pensando que, después de todo, todo no es tan serio para poder continuar en la autosatisfacción de la existencia satisfecha. Pero esta insensibilidad de las almas, esta falta de vigilancia tanto por la cercanía de Dios como por el inminente poder del mal le da al mal un poder en el mundo” (Nuestra

traducción de BENEDICTO XVI, *Gesù di Nazaret. Dall'ingresso in Gerusalemme fino alla Resurrezione*, LEV, Città del Vaticano 2011, p. 173)

El evangelista subraya cómo en este punto el Maestro se dirige directamente a Pedro, el jefe de los Apóstoles. Habla a él, pero usa verbos en plural. Jesús exhorta al jefe de los apóstoles, llamándolo casi a una cierta responsabilidad hacia los demás. Pedro, como los otros discípulos, está débil y oprimido por el sueño. Jesús esperaba más de él. Se lo dice a él, para decirle a todos. Creo que puedo ver en este detalle una referencia al papel de aquellos que tienen autoridad en la comunidad cristiana, como los pastores, los superiores religiosos y los responsables de sus hermanos. Aun tengan la misma debilidad, aquellos que tienen autoridad, en cualquier nivel, deben sentir una fuerte invitación a cuidar la fe de sus hermanos. Los guías, pastores y superiores tienen la tarea de ayudar a otros a mantenerse despiertos. No es casualidad que la palabra griega “*epìscopos*”, de la que deriva “obispo”, realmente signifique “supervisor”. Si el supervisor o el centinela se duerme, aumenta el peligro para los que tuvieran que estar en su cuidado. Este es precisamente el significado de las palabras de Pablo a los ancianos de Éfeso, cuando dirige el discurso de despedida a Mileto, en las costas turcas: “*Velen por ustedes, y por todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los ha constituido guardianes para apacentar a la Iglesia de Dios, que él adquirió al precio de su propia sangre*” (Hechos 20, 28). Quien tiene autoridad y responsabilidad sobre los demás, por lo tanto, debe vigilar de dos maneras, para sí mismo y para los demás. ¡Es una doble responsabilidad! Jesús le recuerda a Pedro, y a todos nosotros, que el espíritu está listo, pero la carne es débil. Jesús habla primero de sí mismo: como verdadero Dios y verdadero hombre, vive esta lucha interior entre la voluntad divina que hay en él y la voluntad humana, marcada por la debilidad y la fragilidad. El Espíritu lo apoya, pero su humanidad necesita adaptarse a este plano superior. Los medicamentos para no sucumbir a esta debilidad siguen siendo la vigilancia y la oración. De hecho, Jesús se va de nuevo a rezar y lo hace con palabras similares a las anteriores (vers. 42). Al regresar, encuentra a los discípulos durmiendo nuevamente, porque sus ojos se habían vuelto pesados (v. 43). La expresión que recuerda la pesadez de los ojos, similar a la de la vigilancia, nos lleva una vez más a los discursos escatológicos de Jesús. En cuanto a los discípulos en este momento fundamental en la vida y misión de Jesús, el riesgo de toda la humanidad es el de no estar vigilantes y no estar bien preparados para el encuentro definitivo con Dios. Lemos en el Evangelio de Lucas: “*Tengan cuidado de no dejarse aturdir por los excesos, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, para que ese día no caiga de improviso sobre ustedes*” (Lc 21,34). La distracción, es decir, hacer que el corazón se asfixie en las cosas del mundo, es similar al sueño, porque distrae del centro y nos hace vulnerables. Durante su viaje a Tierra Santa, el

Papa Francisco, hablando a sacerdotes, religiosos y seminaristas sobre el lugar de la agonía de Jesús, comentaba:

“La amistad de Jesús con nosotros, su fidelidad y su misericordia son el don inestimable que nos anima a continuar con confianza en el seguimiento a pesar de nuestras caídas, nuestros errores, incluso nuestras traiciones. Pero esta bondad del Señor no nos exime de la vigilancia frente al tentador, al pecado, al mal y a la traición que pueden atravesar también la vida sacerdotal y religiosa. Todos estamos expuestos al pecado, al mal, a la traición. Advertimos la desproporción entre la grandeza de la llamada de Jesús y nuestra pequeñez, entre la sublimidad de la misión y nuestra fragilidad humana. Pero el Señor, en su gran bondad y en su infinita misericordia, nos toma siempre de la mano, para que no perezcamos en el mar de la aflicción. Él está siempre a nuestro lado, no nos deja nunca solos. Por tanto, no nos dejemos vencer por el miedo y la desesperanza, sino que con entusiasmo y confianza vayamos adelante en nuestro camino y en nuestra misión” (FRANCISCO, *Discurso al encuentro con sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas*, Iglesia de Getsemaní, Jerusalén, 26 de mayo de 2014).

Por tercera vez, después, Jesús regresa a la oración nuevamente, repitiendo las mismas palabras (v. 44). Como un momento de prueba y tentación, Jesús enfrenta su agonía espiritual en intensa oración, observando y sumergiéndose completamente en la aceptación de la voluntad del Padre. ¿Cómo surgió la plena adhesión a la voluntad del Padre en Jesús? Para entender esto, parece apropiado referirse a la historia de la Iglesia antigua. Sabemos que para llegar a la formulación definitiva de los dogmas de nuestra fe, hubieron muchas disputas que tocaron precisamente la figura de Jesús, su identidad y su misión. ¿Fue solo Dios? ¿Era solo un hombre? ¿Era verdadero Dios y verdadero hombre? Sin entrar en los detalles de estas discusiones, me gustaría recordar cómo en la Iglesia antigua, la última gran herejía cristológica fue la del “monotelitismo” (del griego *monos*, una-única, *telos*, voluntad). Según esta corriente en Jesús, aunque Dios verdadero y hombre verdadero, solo estaba presente la voluntad divina y no una verdadera voluntad humana. El gran defensor de la fe, San Máximo el Confesor, elaboró la respuesta a esta herejía a partir del análisis de la oración de Jesús en Getsemaní. Argumentó firmemente que la naturaleza humana de Jesús era completa y, aunque estaba hipostáticamente unido a la naturaleza divina, en una persona tenía una voluntad humana integral. La persona de Jesús, entonces, en la oración de Getsemaní llega a la plena adhesión de la voluntad humana a la voluntad divina, no mortificando y cancelando la primera, sino llevándola a su plena realización. Por lo tanto, es el pecado el que pone en oposición las dos voluntades, humana y divina. La adhesión

hecha por Jesús en la noche de la agonía se convierte en la fuerza de esta curación para toda la humanidad. Ratzinger escribe:

“El drama del Monte de los Olivos consiste en el hecho de que Jesús lleva la voluntad natural del hombre de la oposición a la sinergia y, por lo tanto, restaura al hombre en su grandeza [...] La obstinación de todos nosotros, toda la oposición contra Dios es presente y Jesús, luchando, arrastra la naturaleza recalcitrante hacia su verdadera esencia” (Nuestra traducción de BENEDICTO XVI, *Gesù di Nazaret, Dall’ingresso in Gerusalemme fino alla Resurrezione*, p. 181).

Después de orar por tercera vez, Jesús ha alcanzado un estado de seguridad y dominio así que puede cumplir su hora. Jesús vuelve a hablar a sus discípulos, con cierta ironía: cuando tenías que mirar y rezar, no lo hicisteis, ahora que es hora de seguir solo, ¡también puedes dormir! Jesús lo anuncia solemnemente usando para sí el título de “Hijo del hombre” (*yios tou antropou*). En las palabras de Jesús del v. 45 encontramos otra expresión importante, la de “*ser entregado*” (*paradidotai*). El gran teólogo Hans Urs Von Balthasar ha hablado mucho de este concepto en sus obras. Preguntándose el significado de esta entrega de Jesús, disecciona tres significados diferentes. Primero identifica una acción del Padre que entrega al Hijo para la salvación de la humanidad (en este sentido se entendería el pasivo teológico). Junto a esta entrega del Padre, habría la misma entrega del Hijo (el verbo se leería en forma medio-reflexiva); finalmente hay un tercero que entrega: el traidor, Judas. En los eventos de Getsemaní, por lo tanto, encontramos un juego paradoxal. La base de todo es el amor de Dios que entrega al Hijo y esto sucede mediante de la traición humana. Esta forma de actuar de Dios nos provoca en profundidad: Dios también puede usar el pecado del hombre para cumplir su obra salvadora. A menudo se repite en nuestro lenguaje popular: “*Dios escribe en línea recta sobre líneas desviadas*”. Esto no significa que él pueda justificar o mistificar el mal y el pecado, sino que la última palabra, en cualquier caso, le pertenece a Él. Si también pensamos en nuestra experiencia, podemos encontrar fácilmente esta forma de hacer a Dios. ¿Cuántas veces se ha asegurado de que una situación negativa y desagradable, el resultado de la miseria y la fragilidad humana, pueda convertirse en una ocasión de gracia? Esto, si por un lado no nos exime de la responsabilidad de luchar contra el mal, el pecado y la injusticia, nos lleva a una confianza total en Él: ¡el ganador es Él! ¡Él siempre es el director de la historia y la victoria final depende de él!

En una audiencia del miércoles, el Papa Benedicto XVI, hablando sobre el triduo de Pascua, comentaba así el episodio de Getsemaní:

“Precisamente en este drama de Getsemaní, donde parece que ya no está presente la fuerza de Dios, Jesús realiza la función del Sumo Sacerdote. Y dice además que en este acto de obediencia, es decir, de conformación de la voluntad natural humana a la voluntad de Dios, se perfecciona como sacerdote. [...] Precisamente así se convierte realmente en el Sumo Sacerdote de la humanidad y así abre el cielo y la puerta a la resurrección” (BENEDICTO XVI, Audiencia general, 20 de abril 2011).

La parte final de nuestro pasaje nos muestra a Jesús totalmente transfigurado por la oración y la aceptación de la voluntad del Padre. Su espíritu inicialmente vacilante, angustiado y temeroso ahora es fuerte y decidido. Es el sentimiento de alguien que, después de tomar una decisión, ya no teme a nada. Como Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, Jesús entra en el momento decisivo para su misión y para la historia de la salvación de la humanidad: el Hijo ha decidido aceptar el plan de salvación del Padre, ofreciendo su vida. Para comprender esta actitud de Jesús, debemos recordar brevemente una expresión que se encuentra en el Evangelio de Lucas. Después de hacer muchos signos y anunciar su Pasión varias veces, al cap. 9 el evangelista enfatiza: *“Cuando estaba por cumplirse el tiempo de su elevación al cielo, Jesús se encaminó decididamente hacia Jerusalén”* (Lc 9,51). La firme decisión de Jesús se expresa en el texto griego original con una expresión que indica un endurecimiento de su rostro en la dirección del viaje hacia Jerusalén (*to prosopon esterisen*). El momento de Getsemaní es precisamente el pleno desarrollo de este propósito de Jesús. Jesús se levanta pronto, como un signo de un desafío decidido a cumplir su destino. La expresión que dirige a los discípulos: *“¡Levántese! ¡Vamos!”* (v. 46) dice exactamente eso. Está listo para cumplir con su oferta. Los discípulos, sin embargo, todavía tienen que levantarse, superar estas resistencias causadas por el cansancio y el miedo, para emprender el camino con Él. Aquí encontramos una gran lección espiritual para toda nuestra vida. Cada una de nuestras decisiones importantes solo puede surgir de un diálogo profundo con el Padre en oración y el signo de la madurez de una elección está en el superar la duda y el miedo. Las grandes decisiones nunca pueden surgir en la incertidumbre y el miedo, sino que siempre deben surgir de un encuentro con la voluntad de Dios, que cuando se nos manifiesta, trae consigo una carga muy fuerte de serenidad y paz de corazón. En el plan de nuestras elecciones de fe, así como las que tocan nuestro camino vocacional, nunca podemos esperar de llegar a una certeza “científica-matemática”. Siendo el mundo del Espíritu, nuestras certezas internas se colocan al nivel de la que se llama *“certeza moral”*, de aquellos que saben en sus corazones, después de una cuidadosa oración y discernimiento, que el Señor le está pidiendo exactamente eso. El signo más fuerte es precisamente la paz del corazón y la serenidad que se experimenta. Sobre la base de esto, como Jesús, uno puede caminar decisivamente hacia la meta

estando bien dispuesto. Preguntémonos, en este punto: en las elecciones pequeñas o grandes de mi vida, ¿qué camino uso? ¿Cuáles son los criterios detrás de mis decisiones? ¿Escucho seriamente al Espíritu, en un diálogo profundo y auténtico con el Padre, o me detengo solo en las evaluaciones de cómodo-incómodo, útil o inútil? Estas lecturas son ciertamente importantes, pero en el plano espiritual no son suficientes. Necesitamos escuchar sinceramente la voluntad de Dios para realizarnos plenamente y contribuir al crecimiento del Reino.